

UNIDAD DE ESPIRITUALIDAD EUDISTA

Domingo de Resurrección: La Resurrección: ocupación de amar al Padre.

Explicación del tema: desde toda la eternidad, la Trinidad ha estado en un continuo ejercicio de alabanza, glorificación y amor. Ella nos invita a participar de este gran amor. En este día de gloria, ofrezcamos a Jesús nuestra vida para que sea un continuo ejercicio de alabanza y glorificación a él.

Inicio: En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Pidamos perdón: por las veces en que no hemos vivido la vida de Jesucristo.

Oremos:

¡Amable Jesús! No solo vives en ti mismo con una vida gloriosa y feliz, sino también en tus ángeles y santos que te acompañan en el cielo. Porque eres tú el que vives en ellos, el que les comunicas tu vida gloriosa e inmortal, el que eres glorioso y feliz en ellos. Tú lo eres todo y lo haces todo en ellos, según el testimonio de tu apóstol: *todo en todos* (1Co 12, 6). Eres tú el que adoras, alabas y amas a tu Padre eterno y a ti mismo en ellos y por ellos. Por lo cual, ¡bendito seas, buen Jesús! Te ofrezco la vida gloriosa de todos los habitantes del cielo, con el amor y las alabanzas que te dan y te habrán de dar por siempre, en honor de la vida gloriosa que tienes en ti mismo. Y ruego a tus ángeles y santos que te amen y te glorifiquen por mí y me asocien a los homenajes que te dan y darán eternamente.

(San Juan Eudes, Vida y Reino, V parte, Otras elevaciones para el domingo)

Lectura bíblica: Evangelio según san Juan 20, 1-9 o Mt 28, 1-10.

Meditación:

Detengámonos un poco a pensar bien estas palabras: Yo los amo. ¡Qué palabra tan dulce, encantadora y consoladora del soberano monarca del universo! Yo los amo, dice nuestro buen Jesús. Si un príncipe o rey de la tierra se tomara el trabajo de transportarse hasta la casa del último de sus súbditos para decirle: “vengo expresamente para asegurarte que te amo y que te haré sentir los efectos de mi amor.” ¡Qué alegría para aquel hombre! Pero si un ángel o un santo o la Reina de todos los santos apareciera en medio de una Iglesia repleta de fieles para decir públicamente, en voz alta, a algunos de ellos: “te amo, mi corazón es tuyo”, ¡qué orgullo, ¡qué entusiasmo el de ese hombre!, ¿no moriría acaso de alegría? Sin embargo, aquí hay algo más infinitamente importante. El Rey de reyes, el Santo de los santos, el Hijo único de Dios, el Hijo único de María que bajó expresamente del cielo para decirnos: yo los amo.

(San Juan Eudes, El Corazón Admirable, Libro XII, Jesús nos ama como lo ama su Padre que debemos hacer para amarlo)

Oración final:

Salvador mío: que yo viva en la tierra de manera acorde con la vida que tengo en ti y con tus santos en el cielo. Que me ocupe continuamente aquí en la tierra en el ejercicio de amarte y de alabarte. Que empiece en este mundo mi paraíso, haciendo consistir mi felicidad en bendecirte y amarte, en cumplir tus voluntades y en realizar valientemente la obra de gracia que desees cumplir en mí. Así, cuando esa obra esté plenamente cumplida, me llevarás contigo al reino de tu amor eterno para allí amarte y glorificarte en forma perfecta y eterna.

(San Juan Eudes, Vida y Reino, V parte, Otras elevaciones para el domingo)

Para meditar durante el día:

Amabilísimo Corazón de mi Salvador: te ofrezco todo el amor que por ti arde en los corazones de todos los divinos amantes, rogándoles que unan mi corazón a ellos en este amor.

(San Juan Eudes, El Corazón Admirable, Libro XII, Cuarenta llamas de amor al
Corazón de Jesús)

¡Viva Jesús y María!